

CLINICA MEDICA.

OBSERVACION.

AS intoxicaciones palúdicas, es bien sabido, que no se manifiestan siempre con el distintivo propio de su especie, haciendo muchas veces difícil su diagnóstico é ineficaz la terapéutica para combatirlas. El caso que voy á referir es de aquellos en que se confirma una vez más la verdad de lo dicho, bien conocido de todos los médicos, especialmente de quienes ejercen en lugares donde son frecuentes las enfermedades pantanosas. Creyéndolo de algún interés lo he elegido para cumplir con el precepto reglamentario.

Un hombre de 30 años de edad, constitución robusta, deteriorada ahora por su enfermedad, ha sido sano, lo mismo que sus parientes, entre los que hay algunos que han llegado á edad avanzada. Habita en una finca de campo en el distrito de Cadereyta, donde las condiciones higiénicas son excelentes. Se ocupa en el comercio de ganado vacuno; y para ello viaja por diferentes Estados de la República, especialmente los de Zacatecas, Jalisco, Colima y Tamaulipas; en el último viaje que hizo por este Estado, conduciendo reses, sufrió un golpe en el pecho por una caída de caballo, que lo hizo padecer muy poco, pudiendo continuar ese viaje á través de la Huasteca y Sierra de Querétaro, sufriendo las molestias de la mala alimentación y durmiendo á la intemperie en climas malsanos, por el cuidado de sus reses. Todo esto y la epidemia entonces reinante lo enfermaron de la *influenza*, pocos días antes de llegar á su casa; y ya en ella estuvo en cama algunos días, con profundo malestar y fuerte calentura. Curado con remedios que él llama "caseros" pudo entrar en convalecencia á los quince días quedándole tos, cansancio y falta de apetito. Creyó que el ejercicio á pie ó á caballo lo aliviarían pronto, y aprovechando un día favorable salió á caballo y á paso corto; habría andado media hora cuando sintió en el pecho, calor, dificultad para respirar, seguido de un acceso de tos y esputos de sangre pura, que no conteniéndose, le obligó á bajar del caballo para acostarse á la sombra de un árbol, donde le aplicaron defensivos fríos al pecho. No sabe decir cuánta fué la sangre perdida, pero recuerda que tuvo algunos vértigos. Estos accesos de tos continuaron periódicamente, una vez por semana, acompañados algunas veces por sudor. Alarmado por lo rebelde de su enfermedad y sintiendo debili-

tarse cada día más marchó á la capital para hacerse curar. Fué atendido por varios médicos durante más de dos meses y con la terapéutica empleada logró aliviarse lo bastante para regresar á su casa y continuar sus ocupaciones; pero si bien la sangre había disminuído mucho, hasta ser apenas perceptible en los esputos, no habían desaparecido los accesos de tos, con hemoptisis, que aunque benignos, aparecían semanariamente. Poco tiempo después volvieron con el carácter de los primeros días, y aun más graves, por la mayor cantidad de sangre arrojada en los esputos. Entonces fué presa de los curanderos, que por muchas semanas ensayaron sus brebajes sin éxito alguno, por lo que resolvió solicitar nuevamente los cuidados de un médico. Vino á esta población adonde fuí llamado para visitarlo.

El aspecto que presentaba este enfermo era el siguiente: Enflaquecimiento notable, color de la piel amarillo pajizo, tinte icterico en las conjuntivas, pelo erizo y ligero edema en la cara. Pasando revista á los principales órganos, hallé que los pulmones estaban en lo general sanos, excepto el derecho, en cuyo vértice encontré matitez ligera y al mismo nivel rudeza en la inspiración. El corazón y los vasos en buen estado. El hígado y el bazo infartados. Las funciones digestivas algo perturbadas por la dispepsia, y constipación. La orina normal. Insomnio, cansancio y debilidad general. Temperatura, 37.5; pulso, 80; respiraciones 22. Ese día en la mañana arrojó sangre en los esputos, sangre pura que ví y equivaldría á 10 gramos.

Estudiando atentamente los signos físicos y racionales que presentaba este enfermo, parecía posible que allí evolucionaba la tuberculosis, y así lo creyeron aquellos médicos que se encargaron al principio de esta curación; pero si bien es cierto que la matitez en el vértice del pulmón, la tos, el enflaquecimiento y algunos sudores nocturnos hacían más vehemente esta sospecha, había por otra parte, la tumefacción del bazo é hígado, la anemia profunda y la permanencia siquiera fuese de algunos días por lugares donde las intoxicaciones palúdicas son frecuentes, para inclinarse á creer que ellas eran la causa de aquellos accidentes. Fundado en esa creencia y á reserva de hacer el examen de los esputos, y estudiar más detenidamente el caso, vi indicada la administración de las sales de quina, alternándolas con el enolado de la contrayerba (*Aselepias contrayerba*?) cuya preparación uso con buen éxito en las afecciones de origen palúdico, rebeldes al quinino. Los resultados confirmaron mi sospecha, pues en las dos primeras semanas que siguieron no hubo esputos de san-

gre; pero quedaban los infartos del hígado y bazo, la anemia, la dispepsia, alguna sordera por la noche, cansancio general y alguna matltez en el vértice del pulmón derecho, que cedió después con vejigatorios repetidos. Creí necesario apelar á los medios clásicos para combatir ese estado, y el fierro, el arsénico, la estricnina, el yodo, los baños fríos y una buena higiene lo pusieron en condición de regresar á su casa. Después de algunos meses, me ha visitado en estos días, y lo hallé sano y vigoroso, asegurándome no haber esputado sangre, después de la época referida, á pesar de que se ha entregado á sus antiguas ocupaciones.

REFLEXIONES.

¿Era efectivamente una intoxicación palúdica, “ese desorden misterioso de la economía” como la llama Watson, que se manifestaba agotando la constitución y produciendo esas hemoptisis periódicas, ó era la evolución tuberculosa causa de aquella ruina? Yo me inclino á creer lo primero, fundado en que este hombre había frecuentado por lugares donde el impaludismo es endémico, en los infartos del bazo ó hígado, en la periodicidad de las hemoptisis y por último, en la eficacia de la terapéutica empleada.

En otra vez había tenido acasión de curar á una señorita sobrina de uno de nuestros más honorables consocios, á la que le habían diagnosticado la presencia en el pulmón, de tubérculos, siendo así que no era otro el padecimiento que una fiebre remitente rebelde á las sales de quinina, al arsénico, al yodo, etc., fiebre que llevó á esta señorita al agotamiento, combatida eficazmente con la “aselepias contrayerba?”

Esa observación fué comunicada á esta H. Academia y publicada en su *Gaceta*, tomo 19.

No creo haber traído nada nuevo y si he escogido este caso para objeto de mi lectura reglamentaria, es únicamente por lo indeciso que me deja su diagnóstico y como uno de los muchos resultados favorables de esa variedad de contrayerba, no bien clasificada, que abunda al sur de este Distrito, y á la cual quise asociar el quinino.

San Juan del Río, Abril 14 de 1891.

DR. AGUSTIN RUIZ OLLOQUI.